

# TILO

**E**n el umbral de mis recuerdos de infancia, guardián y fiel hasta más allá de la vida, está Tilo, mi perro. Con sus orejas puntiagudas, el negro hocico, el pelaje amarillo, las cortas patas, la festiva cola, tan vivo está a través de los años, que un ladrido que se pareciese al suyo, unos ojuelos como los suyos, los distinguiría ahora mismo entre mil. No sé cómo llegó a mi casa. Alguien debió dármelo pequeñito. Lo veo ya andando a mi lado, con sus saltos, su mirada llena de amistad, su sombra menuda siempre confundiéndose con la mía un poco más grande. Goloso como un niño, me enseñó a ser dadivosa a fuerza de quererlo. La incorregible “manoabierta” de hoy hizo con él su aprendizaje de generosidad. La mitad de mis provisiones dulces era para Tilo. A veces él, sin conciencia de su glotonería, miraba de un modo tan lleno de codicia mi último pedazo de bizcocho, o el postre terrón de azúcar que tenía en la mano, que dejaba yo de comerlo para dárselo, lo que no era obstáculo para que, más de una vez, luego que se lo hubiese comido, si mi apetito no estaba satisfecho, las lágrimas se me agolpaban a los ojos, y un tirón de la cola del pobrecillo fuera el corolario de mi magnanimidad.

Imitando a mi madre yo solía decirle a Tilo “mi ángel”, “mi tesoro”, “preciosidad”, “encanto”, y llegó a familiarizarse de tal modo con esos nombres de ternura, que a cualquiera de ellos respondía como al suyo propio. Cuando empecé a ir al colegio, me acompañaba hasta la puerta llevando en la boca mi canasta con la merienda y la pizarra. Todos los chiquilines del pueblo lo conocían y me lo codiciaban. A la salida de clase era un tumulto en torno suyo.

– Tilo, serví en dos patas, Tilo.

– Chumbale, chumba...a...léa a Mariquita, Tilo.

El grito de miedo gozoso de la niña:

– ¡Ay, a mí no, Tilito, a mí no!

Y la voz de la maestra vigilante:

– Niños, quietos. Susana, márchate ya con Tilo... ¡Ese cuzco!...

(¡Cómo está todo esto en mi corazón, Dios mío!)

Él ladraba, corría con la lengua fuera, tras unos y otros, alegre, como de elástico, pero siempre atento a mis pasos y a la orden de recoger la canasta,

que ponía fin a sus correrías. Después que la tomaba en la boca, sólo con la cola que parecía haber descubierto el movimiento continuo, seguía respondiendo a los gritos joviales y a las solicitudes interminables. Marchaba entonces a mi lado, sobre sus cortas patas, con una obediencia de buen servidor que cumple honradamente su tarea.

A mí me parecía hermosísimo. Ahora no tengo la misma convicción, pero me enternezco recordándolo. Desde la otra vida, él estará moviendo lleno de contento la inquieta cola, ante esta invocación que es como un tierno llamado:

– Tilo, “mi ángel”, ven hasta mí. ¿Reconoces en esta mujer sin sonrisa, un poco triste, que está hablando de ti en este papel, a tu amita Susana? Tilo: ya no puedo darte bizcochos de anís, ni terrones de azúcar. Pero toma este recuerdo, pequeño compañero de mis seis años angélicos.

Para tu sombra fiel, será como eran para tu gusto de goloso mis sabrosos pedazos de azúcar negra.

Yo adoraba también a mi madrina, pero por Tilo estuve resentida con ella toda una tarde. La adoraba porque me cubría de mimos y de regalos, porque era hermosa, usaba vestidos llenos de encaje, peinetas con diamantes, una larga cadena de oro para el abanico rutilante de lentejuelas, y porque vivía en Montevideo. Para mí tenía algo de reina o de hada, que me enorgullecía...

Pero un día que había llegado de visita a nuestra casa, mi hada cometió el profundo error de decir con absoluta inconsciencia, mirando a Tilo desdeñosamente:

– ¿Cómo Susana se ha encamotado con ese perro tan feo y tan ordinario, Isabel? Cuando vuelva a Montevideo voy a mandarle uno lindo, de raza, por la diligencia de don Domingo Suárez. Éste es horrible. ¿De dónde lo sacaron?

Lentamente fui retirando de su mano blanca y fragante, la mía, morena, pequeña y no muy limpia, pues venía de la quinta con Tilo, donde los dos habíamos abierto un túnel entre la compacta trabazón de una parva de pasto seco.

– No, madrinita, Tilo no es feo ni ordinario. Vino de la China. Lo trajo don Francisco Cuestas cuando fue a comprar el surtido de invierno para la tienda. Su mamá es una princesa y su ama de leche tomaba mate en una calabacita de oro con perlas.

Ella soltó la carcajada. Mi madre, que comprendió mi resentimiento, dijo muy seria:

– Susana tiene razón, Carmen. Tilo es muy hermoso y vino de la China.

Y yo me sentí consolada y satisfecha por esta declaración con que la sabiduría de mi madre supo compensarme de la ligereza de mi madrina. Porque para mí, niña de pueblo, la China era lo maravilloso, lo edénico, el país de la fábula donde existían las cosas más ricas y mejores del mundo, desde los muebles constelados de nácar como los de Manuelita Montero, hasta los rojos hermanitos que llegan a la casa sin saber más que llorar, y los perros amados como Tilo, dechados de perfección para su dueña.

*Juana de Ibarbourou (1892 – 1979)*

*Extraído de “Chico Carlo” (1944)*